

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

## DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

Los señores suscritores con opción á retratos, cuyos números son desde el 1 al 30, podrán presentarse en los días 1 y 2 de Julio, para ser retratados según nuestro ofrecimiento.

Acompañamos con este número el prospecto y circular que sirve de base para los retratos en fotografía que tenemos anunciado. Los repartidores pasarán al día siguiente por la circular que deberá contener los deseos del suscriptor con respecto á los retratos.

### REVISTA DE LA SEMANA.

#### ALBUM DE EL MADRILEÑO.

SUMARIO.

Un bautizo.—El paraíso.—Casas de juego.—Espectáculos.



En la pasada septena ha tenido lugar un acontecimiento notable que no podemos prescindir de consignar.

El día 25 á las 5 y 10 minutos de la tarde dió á luz nuestra augusta Reina con toda felicidad una robusta infanta, que fué bautizada el 24 á las tres con toda la solemnidad de costumbre.

Pusiéronla 124 nombres siendo el primero María: S. M. y la augusta recién nacida continúan bien.

Nos asociamos completamente á las manifestaciones cordiales del pueblo español por este fausto suceso, que atenuará sin duda el dolor de nuestra soberana por haber perdido no hace mucho una hija.

Tenemos un nuevo jardín público en la puerta de Santa Bárbara: se ha bautizado con el nombre de *El Paraíso*, razón por la que, si Milton viviera en estos tiempos de bendición no escribiría un *paraíso perdido*, sino un paraíso hallado por la módica suma de una peseta de vellón.

¿De qué podemos quejarnos si tenemos á dos dedos el paraíso?

Y en efecto nos hacía gran falta: nosotros creíamos vi-

vir en un infierno, y cádate que por arte de encantamiento nos encontramos á las puertas del Paraíso, abiertas para todo hombre barbado mediante á la cuota supradicha.

¡Oh gozo! Jamás se vieron tan cerca el infierno y el paraíso.

He aquí perfectamente resuelto el problema de la unión de distancias sin límites.

Antes teníamos *El Eliseo*; pero este nombre era demasiado pagano y se hizo viejo: nada, nada, al Paraíso... ¡El Paraíso! Regocijaos habitantes de la colmena, se halló la piedra filosofal.

Desde hoy cuando quiera Inciso  
Hablar de amor á María  
Dirá; vente mona mia,  
—Pero dónde?

—Al paraíso.

Desde hoy no estará la Paca  
Mustia y ojerosa y flaca  
Porque no encuentra un Narciso:  
¿Qué pretende?... una casaca!  
Pues que vaya al Paraíso.

Y hasta la asmática viuda  
Que á Lucifer pide ayuda  
Para hallar el blando yugo,  
Como allí acuda, no hay duda  
Que encontrar podrá un berrugo.

Y la vieja (horrible dueña!!!...)  
Que en ser muchacha se empeña  
Y busca un incircunciso;  
Aunque con cara de friso  
Por mas que sea alcarreña  
Le hallará en el Paraíso.

Sin zozobras, sin desmanes,  
Ahora que es tiempo de brevas,  
Todas hallarán Adanes  
Y todos hallarán Evas.

En fin la dicha completa  
Por una triste peseta  
Se encuentra allí de improviso.  
Soy pobre, loco y poeta,

Y aunque me lleve pateta  
Yo me voy al Paraíso.

Basta de lirismo: hace bastante calor y los versos podrían salir demasiado fogosos.

El celoso inspector de vigilancia señor Briones sorprendió el día 24 en la calle de Alcalá una casa de juego donde se encontraban dos docenas de angelitos entretenidos inocentemente.

Sea enhorabuena; felicitamos en tono serio al Sr. Briones, y ojalá tenga la fortuna de hacer lo mismo con otra perción de establecimientos del propio jaez que se encuentran por desgracia bastante multiplicados en esta corte.

Pensar que no han de poder extinguirse en plena civilización esos antros de oprobio, esos pantanos de vicio que exhalan hedores de infamia, pensar que cuanto más civilizados los pueblos tanto más se multiplican en ellos los crímenes y tanto más peligros ofrecen a la juventud, a esa juventud noble y buena en quien depositan las familias sus mejores esperanzas, es la antítesis más dolorosa que se puede lamentar.

Siga el Sr. Briones mereciendo bien de la moral pública que no le faltará recompensa; al menos la tendrá en su corazón. No será por cierto la última vez que este distinguido funcionario nos ofrezca pruebas de su celo: aunque la Providencia parece que plantó el bastión al pie de todos los sitios inmundos, los vicios no concluirán jamás por completo; pero si se adoptan las represiones convenientes se conseguirá atenuados en no muy pequeña parte.

De espectáculos poco podemos decir: el jueves se hizo el beneficio de Arderius en *Sovellanos*; la concurrencia fue numerosa. Este distinguido artista que tantas simpatías se ha grangeado, obtuvo muchos aplausos.

En el *Circo* ha dado funciones el prestidigitador español Sr. Laminana; el público ha salido muy complacido de sus trabajos.

En el *Principe* se hizo el beneficio del apreciable actor cómico Sr. Berolimi, ejecutando una comedia grotesca titulada *El Alcalde Tonto*. Al final estrenaron una pieza en un acto, original del Sr. Cadebó, parodia del romanticismo francés titulada, *Una corrida de toros todos muertos*.

Es detestable: parece imposible que la compañía italiana, y en especial sus directores, a quien eremos personas de sentido común, admitan y presenten al público piezas tan disparatadas y absurdas.

La filosofía del sainete en cuestión es estulta, mejor dicho, no tiene filosofía alguna: es un mamarracho sin forma, sin pies y sin cabeza: cuando hablamos de la *Mascarada*, obra en un acto del mismo autor, dijimos que era una cosa inocente, una majadería: *La corrida de toros, todos muertos*, es una cosa mucho peor; si se ha escrito con objeto de abusar de la paciencia del espectador sea enhorabuena; pero si se ha escrito para divertirle, chasco se lleva el autor, porque las vaciedades a nadie divierten.

Así, lejos de conseguir su objeto que era poner en ridículo a los franceses, ha conseguido el contrario, que es ridiculizarse a sí mismo. Además no es en Italia donde deben hacerse obras satíricas contra el romanticismo dramá-

tico de Francia: Francia tiene un gran repertorio moderno y el de la Italia es muy pequeño, es insignificante hasta el extremo. Por lo mismo esas lecciones de *magister* tienen mal sabor, no pasan de ser majaderías de bulto.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## SECCION CIENTIFICA.

### ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

DEL AYO.

Educando con cuidado a nuestros hijos haremos mucho para nuestra propia felicidad.

Dnoz.

Necesario es evitar dos extremos, disipando los escrúpulos de ciertos padres pusilánimes que se separan de sus tiernos hijos creyendo darles educación más eficaz, encomendándolos a la sabiduría de un filósofo, y también recordando sus deberes a esos otros padres que buscan el ayo por librarse de una carga molesta. Para resolver convenientemente esta cuestión basta considerar hasta donde llega la acción de un filósofo, y que influencia puede tener en el alma naciente de un niño para realizar el objeto soberano de la educación que es formar un hombre.

En primer lugar este filósofo puede ser un hombre de bien ó un malvado con aura popular; pero aun tratándose de que posea virtudes recomendables, siempre es un ente asalariado, siempre es un extraño, que sacrificará su tiempo, que cumplirá un programa de ordenanza adecuado a los honorarios que se hayan estipulado; pero que no sacrificará su sangre, su vida, su corazón en aras del bien de los demás; y la educación de la niñez reclama un sacrificio perpetuo.

¿Hasta donde alcanza la influencia de este sabio? ¿Qué frutos puede ofrecer en último extremo? El educa la inteligencia de los niños, pero no puede entiquecerla, porque no le entienden, porque la inteligencia dormita. Que enseñe a leer, que cultiva la memoria mecánica, que arroja unos cuantos silogismos ó algunas pobres definiciones en una máquina, y que la máquina funciona; pero esto ¿pasa de ser una estéril noción de ciencia? ¿se ha detenido a fecundar el alma y el corazón? ¿ha educado? No; ha instruido, y si en la instrucción obra milagros, en la educación no ha dado un paso, porque es impotente.

He aquí el gran objeto de nuestra reforma de instrucción pública; hemos planteado el sistema de educación mixta para que en la esencia no se extinga nunca la santa inspiración del hogar; para que la madre y el educador caminen de común acuerdo, sin travestirse recíprocamente el terreno de sus funciones. — Entregad un niño a un sabio, y estamos seguros que el día que sale del hogar para no volver a él en mucho tiempo le hacedis pasar un martirio: cierto, le van a faltar los besos, las caricias hermosas de una madre querida en quien se miraba; ya no escuchará su voz; ya no verá a su ángel custodio en su cabeza, ya no tendrá aquellas dulces expresiones infantiles que alentaba y protegía la santa mirada radiante de amor, la sonrisa bendita de su madre: tendrá delante de sí la figura del mentor que le helará de respeto, escuchará una voz dura, que solo impone preceptos y deberes: la severidad del método, el mecanismo de la enseñanza, todo le envolverá como un círculo de hierro, todo tendrá para él monotonía, aridez, penalidad; se cansará, se fastidiará, se apoderará de su alma una indiferencia funesta; insensiblemente morirá el sentimiento en su corazón porque le faltan encantos, porque le falta lo bello: interrogad a



esa tierna criatura y nunca la podéis convencer de que la habeis hecho un bien: llora el despegó de su madre.

El filósofo, por mucho bien que quiera hacer apenas tiene tiempo para iniciar en los primeros rudimentos de la ciencia: enseñará latin, matemáticas, historia, geografía, física, una enciclopedia en miniatura; pero la moral, pero la cultura del sentimiento ¿cómo se aprende encomendando á la memoria algunas estériles definiciones? Error funesto; la moral necesita grabarse en el corazón como en una plancha de cera como lo graba la madre que nos inclina al bien y á lo bello desde nuestro nacimiento: la moral más que instruir ha de fecundar y la rigidez del sabio, su gravedad, su severidad lejos de abrirse paso hasta el alma de los niños los aleja visiblemente: este hombre por mucha paciencia, por mucha longanimidad de que esté dotado tiene que cansarse, tiene que aburrirse, porque su interés es del momento, porque si está enriquecido de una grandilocuencia suprema la arroja en un desierto, pasa desapercibida; porque si sabe ilustrar no sabe inspirar, y esto le desespera, le desanima por completo.

Ya lo hemos dicho antes: la educación de los niños reclama un sacrificio perpetuo de parte de los padres; y si estos no tienen la suficiente fuerza de voluntad para llevarla á cabo, ¿cómo se creen autorizados para exigir sacrificios á un extraño?

La naturaleza más sabia ha previsto esta dificultad, y ha colocado cerca de la cuna del hombre dos ángeles custodios de su vida, dos buenos géneos, dos espíritus amigos que cantan eternamente la gloria del bien; y que uno y otro se encierran como dos perfumes en el seno de la mujer: la ley de conservación que vela por su vida, y un poder moral que vela por su engrandecimiento: aprovechemos esta armonía.

La madre es el verdadero ayo de la infancia; no el mentor que ilustra, sino el poder que fecunda y engrandece: la mujer no puede enriquecer la inteligencia, pero puede modelar el corazón á su placer: no tiene aptitud para enseñar la enciclopedia, ni para formar médicos, abogados, literatos; pero le tiene para educar el alma: el gran error está en que no hemos definido todavía la diferencia que hay entre educar é instruir: lo mismo usamos una palabra que otra, y son altamente distintas.

En efecto, la educación del alma no se nutre simplemente del árido precepto de moral del filósofo, ni de esas fórmulas silogísticas que no conducen á nada más que á perder el tiempo: la moral se ha de inculcar en el alma, se ha de inspirar, y para inspirar es necesario sentir. Analizad los medios de que se vale el filósofo, y los que adopta una madre: son opuestos, son antagonistas: el uno es severo, rígido, imponente, representa la magestad austera de la ciencia, brillando sobre la cátedra, se hace respetar y temer; la otra es risueña, amable, lierna, bondadosa, representa la inocencia de los ángeles, colocada en un trono de inagotable caridad; se hace adorar. El primero manda, impera hasta cierto punto, reclama el aprendizaje y el cumplimiento de un precepto, señalándolo como una obligación, como un deber al que si se falta se acarrea su disgusto: la segunda lejos de mandar, suplica, ablanda, conmueve, llora, reparte besos y caricias, impulsa al deber sin mandatos, sin aprendizaje de definición alguna, señalándolo, no como una obligación, no como un gravámen, sino como una virtud centelleante de gloria y hermosura que engrandece y ennoblece al que la ama y al que la practica.—Indudablemente, nadie puede resistir á esta enseñanza.

Y la prueba está en nosotros mismos, olvidamos la moral de nuestros maestros, la moral de nuestros libros, los conocimientos adquiridos en muchos años de desvelos, y las deducciones que hemos sacado de tantos esfuerzos: la moral de nuestra madre no

la olvidamos jamás: ese *non licet* del moralista que ella transformaba en una cosa santa y superior, que ella ofrecía á nuestro culto como lo más noble, más grande, más hermoso y más sublime para hacérselo adorar, jamás se borra de nuestra memoria: prueba de que encarnó en el alma, de que se apoderó de la alma, de que se unió por una fuerza misteriosa á la existencia del alma. Esto evidencia hasta lo sumo que el secreto de la educación es el amor, que la enseñanza que se ha transmitido entre besos, entre abrazos, entre sonrisas de ternura, jamás se olvida, porque dejó en pos de sí una impresión agradable y bendita; y como nadie nos ama como nuestra madre, como nadie tiene su virtud, su religiosidad, su heroísmo y su paciencia, nadie como ella nos puede educar.

Madrid 25 de junio de 1862.

(Se continuará.)

LEANDRO ANGEL HERRERO.

OMER Y GORA.

LEYENDA ORIENTAL.

A mi querido hermano el Sr. D. Antonio Torres.

INTRODUCCION.

EL COMBATE.

1491.

¿Qué rumor ese que lleva  
la brisa en sus alas sordas,  
que hondamente al corazón  
con eco lejano asombra?  
¿Es tal vez de la tormenta  
la triste voz precursora?  
La confusa gritería  
del mar semeja las olas,  
y de armas el choque rudo  
su choque imita en las rocas.  
De pronto las voces calman;  
y despues zumbando, tornan  
á estremecer de los árboles,  
las asustadizas hojas.  
Sobre las voces confusas  
suená otra voz aun más bronca,  
como el trueno que domina  
al seco mujir del Bóreas.  
Y de ella en pos resonando  
la voz de guerrera trompa,  
retemblar hace la tierra  
cual monte que se desploma.  
Nace el sol; sus rayos de oro  
se reflejan en mil colas,  
que de otros tantos guerreros  
el noble pecho aprisionan.  
Do quier brillan armaduras:  
relucen do quier vistosas,  
las plumas de los penachos,  
que al capacete coronan;  
relincha el caballo indómito  
presintiendo la victoria,  
y al recibir su ginete

tasca el freno que le doma.  
Brilla desnudo el acero,  
suenan las bélicas trompas  
y en marcha todo el ejército,  
guerreros himnos entona.

Esa es la hueste que inspira  
terror á la hueste mora,  
porque al combate la lleva  
el gran Gonzalo de Córdoba.  
Frente á frente de Granada  
está la tropa española  
acampada en Santa Fé:  
Al nacer la nueva aurora  
con paso firme adelanta  
en busca de nuevas glorias,  
porque de Granada salen  
de alarbes vistosas tropas,  
á defender su ciudad  
que á sucumbir está próxima.

Una espesa polvareda  
del caballo al paso brota:  
ya se paran: avistaron  
de Islam las huestes briosas.  
Pronto el bélico clarín  
al aire lanza sus notas  
inflamando el corazón  
que al peligro se abandona.  
Los ejércitos avanzan,  
el cobarde valor cobra,  
que al verse en grande peligro  
cualquiera ser bravo logra.  
Crujen las armas, el campo  
se tinte de sangre roja,  
y nadie en salvar su vida  
piensa, cuando á otro la corta.  
Los aires puebla fatídica  
la gritería espantosa,  
conque á su valor animan  
del emir moro las hordas  
Los ginetes españoles  
dó quiera al pasar arrollan  
cuantos esgrimen alfanje  
que el campo les abandonan.  
Suenan gritos terribles  
que honda rabia los evoca,  
al par que marciales cánticos  
nuestros hermanos entonan.  
El estandarte moruno.  
cristiana mano le toma:  
Confusos y atropellados  
los árabes se desbordan,  
al ver cubiertas de lauro  
las falanges españolas,  
que añaden un nuevo lustre,  
al poema de sus glorias.

## GRANADA.

### II.

Granada, hermosa Granada  
la de cielo azul y flores,  
en cuya Alhambra dorada  
tienen risueña morada  
el placer y los amores.

Granada la que recibe  
el suspiro de Mahoma,  
la que entre luz siempre vive  
la que en su seno concibe  
del tulipan el aroma.

Granada, la que constante  
vé, cubriendo sus apuros,  
á un ejército triunfante  
que lleva la cruz delante,  
batiendo sus altos muros.

Granada, la ciudad sola  
al valor árabe fiel;  
que en sus muros no tremola  
la santa enseña española  
con escudo de Isabel.

¿Dónde están tus moros fieros  
tus ginetes dónde están?  
Vencidos por los guerreros  
de los pendones iberos  
reniegan ya del Corán.

Caerás como tus hermanas  
cayeron ya en el poder  
de las armas castellanas;  
hoy te vistes y engalanas  
porque vas á fenecer.

Tus murallas que han servido  
de escarnio al tiempo pasado;  
á su pesar se han rendido,  
y con el tiempo han caído  
y al suelo se han igualado.

Ya de Mahoma maldita  
por tu suerte te contemplo;  
moro rey ya en tí no habita  
y lo que antes fué mezquita  
convertido miro en templo.

Ya flores en tí no nacen  
ya tus hermosos serrallos  
del rey las delicias no hacen;  
que en ellos altivos pacen  
del vencedor los caballos.

Granada! triste Granada,

pronto tu suerte se abisma;  
que á tu señor arráncada  
tu noble frente enlutada,  
ya es terror de la morisma.

(Se continuará.)

PEDRO ANTONIO TORRES.

## PARISSINA.

(TRADUCCION DE LORD BYRON.)

(Conclusion.)

De los momentos mas bellos y deliciosos es uno el que precede al ocultarse el sol; el sol que en este día trágico parece burlarse del él, desplegando toda la magnificencia de sus rayos resplandecientes; aquellos rayos, tibios ya, caian de lleno sobre la cabeza sentenciada de Hugo, en tanto que hacia su última confesion al sacerdote y que humildemente postrado escuchaba con los sentimientos de una santa contrición, la absolucion que borra nuestras manchas. Iluminaba el sol aquella cabeza inclinada y atenta, y daba un brillo á sus hermosos cabellos castaños, cuyos largos bucles posaban sobre su cuello desnudo, que los hacia parecer grandes anillos de oro, y aquellos mismos rayos reflejando sobre el hacha que brillaban cerca de él hacian que luciese con un vivo y funesto resplandor. Oh! cuán amarga es esta hora suprema! Los mas insensibles experimentan un estremecimiento de terror, el delito es odioso, la sentencia justa y sin embargo, semejante espectáculo hace estremecer.

Las últimas preces del hijo desleal del audaz amante han concluido, su confesion está hecha, ha recibido la absolucion y su última hora ha llegado. Lo despojan de su manto, ahora van á cortar su hermosa cabellera... y lo han hecho, y ha caido bajo las tijeras del verdugo. Ni el vestido que lleva, ni la banda que le ha bordado Parissina, deben acompañarlo á la tumba. Se lo hacen quilar y van á vendarle los ojos con un pañuelo... pero no, su orgullo no tolera esta humillacion. En el momento en que se alzó la mano del verdugo para cubrirle los ojos que no tienen necesidad de ello, y que podrán mirar la muerte frente á frente, sus sentimientos hasta allí comprimidos, resaltaron con la espresion de un desden profundo.

—No... mi vida y mi sangre son vuestras, mis manos están encadenadas, dejadme siquiera con los ojos libres al morir, ¡hierel! y al decir esto puso su cabeza sobre el tajo.

Aquella fué su última palabra; ¡hierel! y el hacha luciente cayó y rodó su cabeza y su cuerpo palpitante y sangriento, fué á caer sobre la tierra que embebía la sangre que á torrentes brotaba de sus venas. Sus labios se agitaron con una convulsion rápida, pero despues quedaron para siempre inmóviles.

Murió como debia morir el hombre que habia sido criminal, sin orgullo ni ostentacion; habia doblado las rodillas para rogar, no habia desdenado la asistencia de un sacerdote ni desesperado de la bondad divina. Su corazón estaba puro de todo sentimiento terrestre; despues que se hubo arrojado delante del sacerdote, ¿qué eran para él en aquel momento ni su amante, ni su encolerizado padre? Ningunas

recriminaciones, ninguna desesperacion y ningún deseo; sus pensamientos eran solo para el cielo, á no ser las pocas palabras que se le escaparon cuando pidió morir con los ojos descubiertos, presentando su cabeza al hacha del verdugo, única memoria que dejó á los testigos de su suplicio. Todos los espectadores contuvieron el aliento, y quedaron tan silenciosos como los labios que habia acabado de cerrar la muerte, un estupor eléctrico se apoderó de la multitud, cuando el hacha del verdugo cayó sobre la cabeza de aquel, cuyo amor y cuya vida terminaron así: cada uno contuvo en su corazón un suspiro que apenas pudo ahogar: ningún otro ruido se escuchó entonces masque el sonido lúgubre y sordo que hizo el hacha al caer sobre el tajo. Ningún otro, excepto uno; un grito desgarrador hendió los aires, un grito de horror y de demencia semejante al de una madre, á quien un golpe súbito y mortal, arrebató á su hijo. Aquella voz horrible salió de una de las ventanas del palacio de Azo; todas las miradas se fijaron al momento en aquella direccion, pero nada vieron, ni nada se escuchó mas. Aquel grilo tan pavoroso como nunca, lo arrancó la desesperacion; era de una mujer.

Los que lo oyeron, desearon para bien de ella que fuese el último.

Hugo no existe ya, y desde el mismo dia ha desaparecido Parissina del palacio y de los jardines como si jamás hubiese existido; su nombre no lo pronuncia ninguna boca, ha sido desterrada, á la manera de aquellas palabras que prohíbe la decencia ó el temor. Nunca se ha oido hablar de su esposa ó de su hijo al príncipe Azo; ninguna tumba se ha consagrado á su memoria, ni se le sepulta en lugar sagrado, al menos al caballero que murió aquel día porque el destino de Parissina ha quedado oculto como el polvo de los muertos bajo la losa del sepulcro: ¿vivió quizás en un convento? ¿Alcanzó el perdón de sus culpas á fuerza de años, de remordimientos y penitencias, de austeridades y vigiliass? ¿Murió en castigo de su criminal amor por el veneno ó el puñal? ¿ó sucumbió á tormentos mas cortos, puso fin á su vida el mismo golpe que cortó la de Hugo, y piadoso el cielo permitió que el súbito quebranto de su corazón terminase sus tormentos? Nadie lo sabe ni lo sabrá jamás, pero cualquiera que haya sido su fin en la tierra, su vida empezó y concluyó en el dolor.

El príncipe Azo tomó otra esposa y á su lado crecieron otros hijos; pero ninguno tan hermoso y valiente como el que se consumia en el sepulcro, y si lo fueron, nunca concedió á su mérito mas que miradas distraidas y ahogados suspiros al verlos. Pero nunca surcó una lágrima sus mejillas, nunca desplegó su frente una sonrisa; las arrugas de la meditacion se grabaron sobre aquella frente magestuosa; aquellos surcos que alueca antes de tiempo el arado del dolor, aquellas cicatrices del alma mutilada que deja tras sí la guerra, de que ha sido teatro. Ya no habia para él ni alegría ni dolor en la tierra, no le quedaban mas que dias sin aire y sin luz, noches sin sueño, le quedaba un alma insensible á la alabanza ó al vituperio, un corazón que huía de sí mismo no queriendo pensar ni pudiendo olvidar, entregado á las emociones mas intensas en los instantes en que parecia mas calmado.



El hielo mas espeso endurece el agua en la superficie; por bajo el agua líquida continúa corriendo y correrá siempre. De este modo su corazón bajo la capa de hielo que lo cubría, continuaba siendo asaltado por aquellos pensamientos que arraiga la naturaleza tan profundamente que no podemos desterrarlo al par que nuestras lágrimas. Cuando haciendo un esfuerzo sobre nosotros mismos detenemos las lágrimas que derrama el corazón, no por esto las secamos; estas lágrimas detenidas vuelven al corazón y allí en un cristal mas limpio, en un receptáculo mas profundo quedan invisibles, sin derramar, pero vivas y nunca en mas abundancia que cuando menos se manifiestan. Agitado interiormente por sentimientos involuntarios de ternura, hacía aquellos que habia hecho morir, impotente para llenar el vacío que constituía sus tormentos: sin la esperanza siquiera de encontrarlos en las mansiones celestiales donde se reúnen las almas virtuosas; con la conciencia de que habia pronunciado una sentencia justa, de que ellos mismos habian sido la causa de sus desgracias, no por esto fué menos desdichada la vejez de Aza.

### EL CONDE FULBERTO AMAYA.

#### LEYENDA TRADICIONAL DEL SIGLO XVI.

(Continuación.)

Ya no era Catalina para él un cielo infinito, era un eden florido, cuyas aromas todos deseaba agotar.

La inocente Catalina tenia en él la mas ilimitada confianza. La inquietud y sobresalto, cada vez mas notables de su amante, los consideraba como señales de un amor acrecentado.

Un dia salieron juntos hasta la iglesia de Santa Gudula, para repetir Catalina sus acostumbradas oraciones.

Cuando se hallaba mas sumergida en su devota contemplación, sintió junto á sí el crujido de profanas sedas.

Cual si creyera aquel ruido producido por una serpiente de cascabel, que se arrastraba hacia ella para devorarla, interrumpió su éxtasis, y volvió la vista hácia el lugar en que habia sonado.

A su espalda, como á unos veinte pasos se hallaba una mujer vestida con la opulencia de un crimen perpetrado entre oro, brillantes y opulencia régia.

Aquella mujer la miró con un insolente descaro, y sus ojos de hiena, que brillaban con un resplandor infernal, aterrorizaron á la tímida Catalina.

Era su rival, rival temible porque poseia la fuerza de la disolución.

Esta mujer se acercó á Carlos V, le tomó de la mano, se la estrujó con furor, y le dijo:

—Esa cándida niña es la que me roba mi felicidad!... oh!.. bien... yo la arcanearé de tus brazos.

—Silencio, que pudieran conocerme... Respeta aquí á Carlos V.

Este nombre enmudeció por un momento á la mujer; pero muy luego contestó la atrevida manecba:

—Aun conservo yo tambien los últimos restos de mi soberanía.

Y salió del templo bramando como una leona celosa.

Cuando Catalina se levantó, escondía entre los pliegues de su pañuelo una perla dolorosa, un pedazo de su corazón, arrancados por los primeros celos.

Carlos V la esperaba con la cabeza baja como un criminal. Se dirijieron á la morada de Catalina, sin pronunciar apenas palabra, y luego se despidieron hasta el dia siguiente, sin mencionar nada de lo que habia ocurrido.

Cuando la infausta joven quedó sola, lloró.

Las lágrimas descargaron algun tanto su alma de los acerbos pesares que la oprimían.

Todo lo habia comprendido.

Su amante amaba á otra mujer.

La pasión que le habia revelado acaso seria una inicua mentira.

No hay nada que despedace nuestro pobre corazón con tanta crueldad como la dura garra del primer desengaño.

— Haber soñado un cielo, un paraíso de delicias inagotables, y descubrir despues la perspectiva sombría de la realidad, un desierto estéril y vacío, hace desmayar al ánimo mas fuerte.

¿Con cuánta mas razón no rendiría á Catalina, pobre é inocente criatura, que iluminada por su fé ciega no habia descubierto hasta entonces la menor sombra que oscureciera el cielo de su ventura?

Entonces comprendió que la desgracia obtiene el señorío de nuestro corazón, y el aire que respiramos penetra en el pecho emponzoñado por el dolor.

Su amante le habia dicho que era el marqués de Oristan.

Ella poseía tan solo el desvalimiento y escasez de la orfandad.

¿La podría amar con abnegacion y generosidad, ó procuraría tan solo robarle el perfume santo de su pureza?

Esta idea azotaba su mente, como un presentimiento funebre.

Y sin embargo, la duda acrecentaba su amor.

¿Catalina ó la muerte! habia dicho Carlos V, atolondrado por su impetuosa pasión.

¿El ó la muerte! pronunciaba ahora Catalina.

A nadie podia comunicar sus pesares.

Pero se acordó de sus padres, que la miraban desde el cielo y quiso invocar su protección.

La noche estaba suave y templada, como un sueño de Mayo y se bajó al jardín de su casa.

Aquella hora silenciosa era la mas á propósito para recibir un desahogo en su mortal quebranto.

La tierra dormía envuelta en la blanca sábana, formada por los hilos de plata que sobre ella vertía la luna.

Por ninguna parte se oía el menor ruido que anunciara la vida.

Solo se percibía el silbido débil del viento, al deslizarse por entre las hojas, ó el murmullo constante del golpe de agua que regaba el jardín.

Catalina llegó á una pequeña espesura, en la que al resplandor melancólico de la luna, se descubria un rústico camape de piedra.

Aquel sitio debia guardar recuerdos santos para ella, porque en llegando á él, dobló sus rodillas con religioso respeto.

Efectivamente allí oía en otro tiempo la voz inspirada de su buena madre, allí aprendió á ser virtuosa.

¿Qué lugar mas á propósito para implorar una protección sobrehumana, que la salvará del peligro que la amenazaba?

Mas de una hora estuvo de rodillas, inmóvil como una estatua, tan pronto elevando sus ojos al cielo, como bajándose, para verter en la tierra el raudal de sus lágrimas.

De repente oyó un ruido como de pisadas, que sonaban cada vez mas cerca de ella.

Toda asustada echó á correr para encerrarse en su casa.

pero se detuvo al oír que la decían:

—No huyas... soy yo... tu amante.

Había reconocido la voz de Carlos V., que en breve se halló delante de ella.

—¿Qué es esto? —le preguntó toda azorada.

—Esto es, que una voz secreta me decía que acudiera á consolarte... Catalina, soy un miserable! Hé espionado tu llanto... te he visto arrodillada...

—Pero quién te decía que yo lloraba... que me hallaba en el jardín?

—Oh! yo temía que cuanto presenciaste esta tarde en la iglesia, te despedazase las entrañas. En cuanto hallarte en el jardín, no lo esperaba; pero ya sabes que siempre le cruzo para llegar al templo de mi amor.

Los dos estaban exaltados; sus corazones latían fuertemente, y apenas podían respirar.

—Me amas? —le preguntó por fin Catalina.

—Oh! sí, te amo!... ¿no lo sabes? ¿puedes tú dudar de mis palabras?

—Aquella mujer...

—Antes de conocerte, fué quizá víctima de mis locos extravíos... pero ya ni ella, ni nada del mundo, puede robarte el mas mínimo afecto de mi corazón... á tí, que eres mi ángel de redención... ó mejor la fuente inmensa, cuyos raudales de felicidad embriagáran mi existencia.

Estas últimas palabras, pronunciadas con un acento marcado, hicieron entrever á Catalina, entre una densa nube de dudas, el lumínar de una verdad amarga!

—¿Qué quieres decirme?

—Que hay secretos en nuestra mente aun mas poderosos que la voluntad misma... si uno de estos profundára el término de nuestra dicha por algun tiempo, y aun hasta el cielo... tú... ama y espera.

Catalina quedó desconcertada y sin comprender nada.

—¿Qué quieres revelarme?... me asustan tus palabras, nunca tan misteriosas.

—Te basta mi amor para ser feliz?

—Sí.

—Pues bien... jamás te faltará.

Pasado un rato se retiraron á la estancia de Catalina.

El alba plateaba ya el cielo del amanecer, cuando se despidieron.

## V.

El amor mientras existe pendiente del cielo risueño de la esperanza, vierte rocíos de imperecederas dulzuras sobre el dormido corazón del hombre.

Sus sueños son concepciones exactas de la gloria divina.

La primera ilusión que agita las alas de nuestro corazón, nos conduce á regiones desconocidas de felicidad.

El alma enamorada se crea seres ficticios, hermosuras sobrenaturales, sombras vaporosas, que la acarician y rodean sin cesar.

¡Feliz edad la del niño amante! Es la primavera de la vida.

Época de rosas, colores, fragancias, armonías que nacen al suave ardor de la primer alborada de la vida.

El pensamiento virgen, cual purpúrea mariposa que rompe su tescalarba, vaga por un vergel de bellezas, saltando de flor en flor, y bañándose en el fragante polvo de sus amorosos senos.

Flores sin espinas como la nevada azucena, el dolor no puede esconderse en un traidor aguijón.

Pero ¡ay! que llega la hora de la realidad fatal.

El rayo abrasador del estío quema el ala aurífera de las vírgenes de la floresta, troncha sus tallos el fiero vendaval, y

mústias, secas y partidas, el lodo se encarga de esconderlas en su hedionda sepultura.

Solo queda entonces un corazón destrozado por el bárbaro pie del desengaño: un alma devorada por el pesar y la desesperación.

¿Quién no ha cruzado el Abril del corazón lleno de encantos visiones y delirios?

¿Quién no ha visto despues agostarse la flor hermosa de sus esperanzas, y no ha contemplado nuestra locura que sabe revestirse de célicos ropajes una alhagüena mentira?

Ay! y que días siguen de aridez tan desoladora!

El cielo aparece encapotado por el negro crespon de la tormenta; la tierra cubierta por las lietas acarrillas de la muerte, y todo nos presenta delante el aspecto sombrío de la desolación.

Entonces la débil mujer llora; el hombre furioso ruga como el leon herido,

Peró el hombre encuentra siempre un tósigó para adormecer sus sentidos al dolor.

Le halla en la estancia nefanda de la orgia, en el estrépito de las calles, en la farsa de los teatros; en todas partes que quiere buscarle.

¿Y la mujer? —Pobre viajero perdido en medio del desierto, solo la ardiente arena le ofrece su sepulcro de fuego.

Su única compañera es la soledad; su consuelo el llanto de sus ojos; el alivio de sus pesares, sus profundos suspiros.

Solo la virtud puede aminorar sus males evitando el grito agudo de la conciencia, y preservando al corazón del veneno del remordimiento.

Peró si ha permitido arrancar esta blanca aureola de su frente, su porvenir es de los mas desgraciados.

De los brazos de un amante, que agota hasta el último perfume de su pureza, puede llegar hasta una manecita; de aqui á la morada del envilecimiento; del envilecimiento al lecho frio de un hospital; del hospital al abismo infernal de los malvados.

Pobre mujer! Con nuestra libertad trastornamos su fazón, con ella llegamos á la cumbre del precipicio, á él se arroja decidida por obedecer el deseo de un amante, que la abandona cuando le es mas necesario para su existencia; cuando se encuentra con el corazón postrado en el núcleo de un volcan, y el alma manchada por el deshonor.

Catalina se iba acercando insensiblemente á este fin desastroso.

Ya el amor habia sujetado su corazón con indisolubles lazos, y su espíritu no podía pensar en otra idea que la que la unía eternamente á su amante.

Y apasionada, loca, frenética descubria el horizonte nublado de su porvenir... sin tener fuerzas para retroceder, acercándose cada vez mas á él.

Las últimas palabras que Carlos V habia pronunciado en el jardín zombaban sin cesar en sus oídos, como el eco de un presentimiento lúgubre.

Aquellas palabras le revelaban todo un poema de amargura, que ella escribía en su seno con lágrimas cudentes.

Un secreto escondía Carlos V. secreto que un día pudiera exigir el sacrificio de su honor, de su vida.

Estas y otras reflexiones se agremiaban en su mente, y á pesar de todo acrecia su amor, como una llama alimentada por el fuerte soplo del huracan.

Carlos V. al contrario, se sentía de día en día mas libre de la pasión que le habia esclavizado.

El hielo sustituía el fuego de su corazón.

La ambición recobrava en su pensamiento el imperio, despues de un amoroso sueño.

El clarín guerrero habia sonado, óíase á lo lejos el relinchar



de los caballos, retumbaba en el espacio el estampido del cañón, el rayo del día se rompía en las corazas de los guerreros y todo anunciaba que el espíritu de la guerra inflamaba el corazón de la humanidad.

(Se continuará.)

GREGORIO HERRANZ.

### CRÓNICA NACIONAL Y EXTRANJERA.

«Paris 23.—Segun la *Presse* de hoy, la división del general Lorencez ha vuelto otra vez á Orizaba, donde queda acampado convenientemente hasta que reciba refuerzos.

Hablando del contra-almirante Jurien d'Agriaviere, añade que los planes de este han sido enteramente aprobados, y que su presencia llevará buenos resultados para la solución de la cuestión mejicana.

El mismo periódico asegura que no se trata de establecimiento de una monarquía ni de la candidatura de Almonte, sino pura y simplemente del interés de los franceses domiciliados en Méjico.»

«Paris 24.—En consejo de ministros, y habiéndose recibido ayer noticias de Méjico anunciando que las tropas al mando de Lorencez ocupan un campamento excelente en la provincia de Puebla, la mas sana y fértil del país, se ha decidido retardar el envío de refuerzos. Muchos creen que este retardo acabará por hacer regresar las tropas á Francia si Juarez dá satisfacción, lo cual nadie duda. Entre tanto, se organizará una sola y fuerte escuadra, compuesta de la división naval de las costas de América, de la del golfo de Méjico y de las Antillas, para el golfo mejicano.»

«Id. 26.—La *Patrie* de esta tarde dice asegurarse que se ha dado orden de suspender provisionalmente el embarque de tropas con destino á Méjico.

Mr. Jules Fabre ha criticado la expedición en la Cámara de diputados. Mr. Billaut le ha contestado.»

Se han recibido nuevas correspondencias de los Estados- Unidos, en que se habla del general Prim. El 7 de junio había comido el marqués de los Castillejos con todo su acompañamiento en la legación española en Washington. Después de esta visita hecha al Sr. Tassara, el general Prim debía salir al día siguiente para el teatro de la guerra en los Estados- Unidos, deseando formar una idea exacta de la situación actual de los ejércitos y presenciar tal vez alguna de las frecuentes batallas que están dando en Richmond.

Por poco tiempo que haya ocupado en esto el marqués de los Castillejos, si se resuelve á venir á Inglaterra á bordo del vapor *Ulton*, que no tiene un andar tan rápido como los vapores que hacen el trayecto entre Europa y América, es difícil que pueda estar en Inglaterra antes de fines del mes actual ó de los primeros días de julio, y apenas tenemos ya la esperanza de que pudiera oír en voz en el Senado español en la presente legislatura.

La *Patrie* afirma de nuevo que Lorencez no ha tenido que retroceder ni á Veracruz ni á Orizaba, que no había sido atacado por los mejicanos hasta el 12 de mayo, y que á fines de dicho mes había podido unirse con el general Donay desembarcado el 19 de mayo en Veracruz. Lagraviere vuelve, en efecto, á Méjico con pocas tropas extraordinarias, y el capitán de navío Roze tomará bajo sus órdenes el mando de la división naval del golfo de Méjico. Otros diarios franceses hablan de que Saligoy

deba venir á Francia á esponer al emperador la situación de las cosas en Méjico.

Ocupándose la *Crónica* del 9 de la batalla dada en las cercanías de Richmond, dice: En el primer parte se dijo que las pérdidas de los federales durante los días 31 de mayo y 1.º de junio habían sido de 300 hombres, pero esta cifra era ya tan modesta que nadie creyó en ella. Al día siguiente se le añadió un cero, y tuvimos ya 3,000 bajas. Al inmediato ascendieron á 4,000; el jueves llegaban á 5,000, y ayer no bajaban de seis mil á 8,000; es decir, 4,500 muertos y mas de 4,300 heridos, sin contar los dispersos y prisioneros.

El presidente de los Estados Unidos envió el 7 al senado, para su aprobación; los nombramientos de Mr. Benjamin F. Whedden, de New-Hampshire, para ministro en Haití; de Mr. Gustavus Korrner, de Illinois, para ministro en Madrid; y el de Mr. Erastus D. Colver, para ministro en Venezuela.

El general Prim había salido el 8 de Washington para el fuerte Monroe. Los periódicos de Nueva-York dicen que si hay probabilidades de una batalla, el general irá á presenciaria, si es posible, á fin de ver como pelean los americanos, segun lo ha manifestado espresamente. Si se hallase presente, dice el *Herald*, en la gran batalla que ha de darse cerca de Richmond, seria un nuevo incentivo para los valientes soldados de la Union el saber que los contempla un soldado y un general tan distinguido como el héroe de los Castillejos.

La escuadra federal que bloquea los puertos del Sur ha apresado desde el principio de la guerra 167 buques, la mayor parte de ellos con la bandera inglesa.

Ha llegado á creerse en Paris que si el *Moniteur* publicó el parte del general Zaragoza sobre la acción de la Puebla, es por que á pesar de proceder del enemigo, no presentaba el desastre con los tristes colores del general francés Lorencez, el cual manifestaba positivamente en su parte oficial, que era una ilusión pensar en avanzar hasta la capital é imponer á los mejicanos, (tanto liberales, como reaccionarios, ambos adversarios de los franceses) sin contar al menos con un cuerpo de tropas de 20,000 hombres. No ha faltado periódico que se ha hecho eco de esos rumores, y que á dado ha entender que el parte del general Lorencez había llegado á Paris, compeliendo en cierto modo al gobierno francés á publicarlo. Este periódico es la *Opinion Nationale* y el *Moniteur* le ha contestado que está autorizado á declarar que semejante parte no había llegado, y que los despachos que se aguardaban de Veracruz no llegaría probablemente á Paris hasta fin de mes.

Segun la comunicacion pasada al gobernador de Melilla por los comisionados ingenieros encargados de la delimitacion, la línea limite de los terrenos de España ha quedado determinada en el terreno por 17 puntos, en los cuales se han enterrado grandes estacones, mientras se colocan señales mas permanentes: estos 17 puntos se consideran unidos por 16 líneas, formando una poligonal de 16 lados alrededor de toda la plaza, desde la playa del lado del Sur de ella hasta la costa escarpada del Norte. La distancia á que aproximadamente están de la plaza es de 5,000 metros, y el desarrollo de todo el perímetro ó polígono limita de 10 kilómetros. La zona neutral queda completamente determinada por otro polígono circunscrito al anterior, y que sus vértices están respectivamente á 500 metros mas distantes de la plaza, quedando por consiguiente comprendida entre este, que es el límite del territorio marroquí, y el anterior de España.

Propietario y editor responsable.—D. José Morales y Rodríguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.